

Informaciones pintorescas

TERMINARON las clases. En el Aerodromo cae un sol de fuego. Bajo un toldo, los alumnos discuten alegremente los incidentes de la mañana.

Se oye el zumbido de un motor en el cielo; asímanse todos y ven un aparato, que seguramente viene de la Escuela de Cuatrovientos á esta de Getafe.

Planca y aterriza de un modo impecable.

—¡Es «Pinocho» (un alumno)— gritan todos á la vez—. El gran «Pinocho», para quien el aire no tiene ya secretos. ¡Llor á «Pinocho»! Vamos á ovacionarle. ¡Hagámonle ganar la medalla de *Sufrimientos* por la Patria!

Corren todos con gran algazara, dando vivas y agitando los brazos en el aire, dispuestos á hacer víctima de sus entusiasmos al piloto, que ya se acerca rodando en su avión; pero de repente se detienen y enmudecen; componen sus figuras como buenamente pueden, se cuadrán y saludan militarmente.

—¡El general!

Descienden éste y el piloto que lo ha traído (que no es «Pinocho» precisamente) del aeroplano; saludan sin darse por enterados de la algarabía, y, otra vez bajo el toldo, se forma el grupo, pero ya rodeando al jefe y en un ambiente de respeto que al fin rompe el profesor Lecea, entre tímido y confiado, diciendo:

—Mi general. ¿Nos autoriza usted para cazar esta tarde una avutarda con el «Avro»?

El general deja resbalar la pregunta.

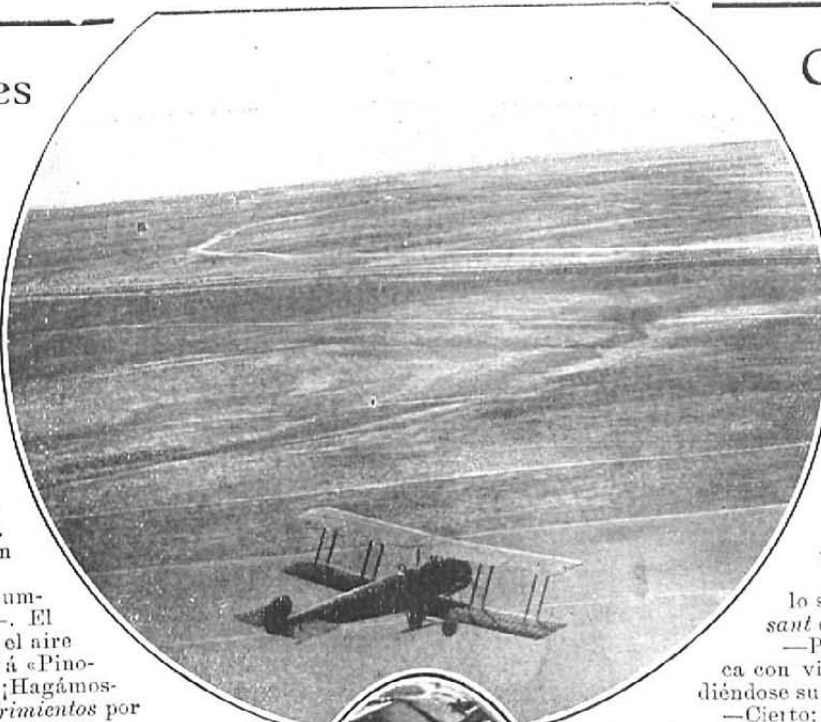
—¡Bueno, bueno! ¡Vamos á ver cómo anda la Escuela!

Un ordenanza trae las hojas donde se anotan los vuelos realizados. El jefe las repasa, y un casi imperceptible gesto de satisfacción— que todos sorprenden— traiciona su seriedad.

—¿De modo, Lecea, que lleva usted este mes 61 horas de aire?

—En 07 vuelos, la mayor parte de enseñanza—. Y ya atreviéndose—: ¡Yo creo, mi general, que después de esta labor, que usted bien sabe lo que representa, no es mucho pedir esa pequeña expansión de caza que solicitamos. Además, eso es para mí un gran entrenamiento y una continuación de la clase para mis alumnos, que ven virar, «resbalar», tomar tierra en campo labrado...

—Si no es á mí á quien tiene usted que convencer, que estoy convencidísimo de ello, y por mi gusto iría usted cuantas veces quisiera; es más: yo desearía que los aristócratas aficionadas á la caza vieran ésta de la avutarda en aeroplano, tal como usted la hace, para que se decidieran á formar una Sociedad (comprando un par de aparatos) como la de la Venta de la Rubia, con objeto de dedicarse á este deporte, que desde luego es entretenidísimo, y que, además tiene una rancia tradición en España; me

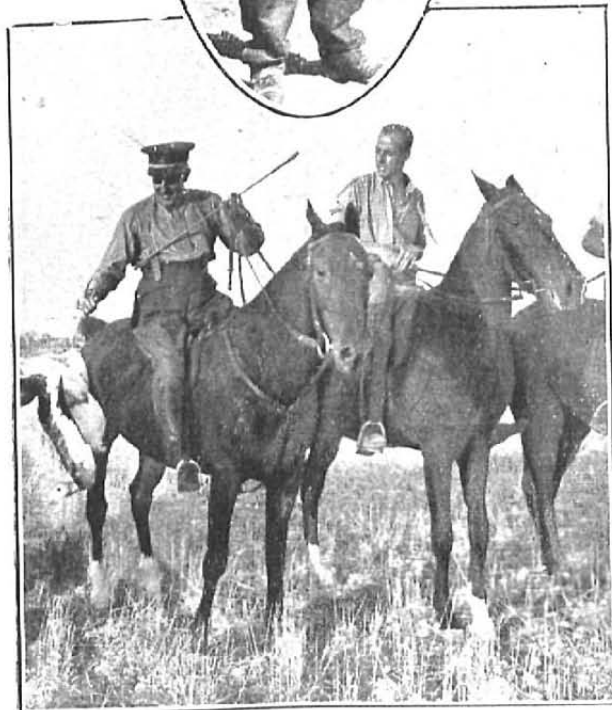


Lecea, en su «Avro», busca sobre los



rastrojos el bando de avutardas.

Sr. Lecea.



El general Echagüe con los alumnos de la Escuela de Getafe, después de cazar una avutarda

Cetrería moderna

refiero á la Cetrería, la caza con halcón, que tan en boga estuvo en toda Europa en los siglos medievales. Y esta de la avutarda en aeroplano es la misma cosa, solamente que el ave cazadora es el avión. Pero...

—Sí, sí. Ya sé que esta caza entre nosotros tiene censores; pero esos son los profanos, los que nada entienden de vuelos.

—Desgraciadamente, no sólo son ellos, sino también *soi disant* definidores de la aviación.

—Pero esto es indignante— replica con viveza el teniente Lecea, sacudiéndose su cabellera de reóforos.

—Cierto; pero la gente no se entera sino de que usted caza avutardas.

El diálogo continúa. Lecea insiste, ayudándole los alumnos, el general se ablanda, y queda organizada la cacería para la tarde.

A las cuatro de ella llegamos cerca del Cerro de las Brujas, más allá de Pinto, en el automóvil del general. Este viene á caballo con algunos alumnos y ordenanzas. Poco después aparece en el horizonte el «Avro» de Lecea, á quien acompaña el capitán Estefani, armada de escopeta. El avión se acerca con ruido de moscardón. Vuela sobre los rastrojos á poca altura, y algunos minutos más tarde vemos que ha levantado un bando de avutardas, al que sigue hasta que separa de él una de las aves. Entonces comienza una interesantísima persecución de la avutarda por el aeroplano, que la acosa, la corta el terreno, la da alcance. El animalito huye despavorido ante aquel monstruo que se le viene encima; pero es inútil, porque el avión evoluciona como ella y la gana en velocidad. La lucha dura unos veinte minutos. A veces vemos brillar las blancas plumas de la pechuga del ave perseguida. Al fin, rendida de cansancio, cae al suelo extenuada. El aparato describe círculos cerrados sobre el sitio donde ha caído, y los jinetes se lanzan á todo el correr de sus caballos hasta que la encuentran acurrucada en un surco, acezando como un perrillo cansado, y sin fuerzas para correr ni para defenderse. Otras veces la avutarda corre y da pequeños vuelos. Súbenla á la grupa de un caballo, y prosigue de igual modo con otro bando la cacería.

Durante ella, Lecea ha desplegado toda la figura de su admirable arte de volar, seguramente elogiado por cuantos pájaros le vieron, excepto las avutardas.

Cuando el sol se ha puesto y nos hallamos en animado grupo comentando los incidentes de la caza, Lecea aterriza con su «Avro» allí mismo, á tres metros de nosotros y en un terreno lleno de obstáculos. Habla con nosotros un momento, pone Estefani la hélice en marcha, se despide, y salvando con maestría suprema todas las dificultades del terreno, se remonta.

L. ALONSO